

## CAPÍTULO 1

Mi nombre es Pablo y por mis condiciones físicas nunca he sido un gran futbolista. Podríamos decir que estoy un poco rellenito, y en cuanto me pongo a correr me ahogo y respiro como una hiena afónica. Tengo los pies planos. Bueno, eso es lo que dice el médico, yo creo que al nacer me los pusieron al revés, porque soy incapaz de controlar un balón ni dar un pase que llegue a su destino. A pesar de ello, me apasiona el fútbol.

De mayor me gustaría ser entrenador.

Lo normal es que los niños quieran ser astronautas, bomberos o jugar en el Real Madrid, pero, ¿entrenador? Llámame friki, no puedo cambiarlo, es lo que me gusta. En el recreo me pongo en la banda del improvisado campo de fútbol y dirijo los partidos como si me fuese la vida en ello. A veces sobreactúo un poco, con gritos, aspavientos y enfados con un árbitro que ni siquiera existe.

Mis compañeros al principio se reían de mí. No me parece raro, ¡lo que yo hago sí que es raro! Con el tiempo, como han visto que a mi no me importaban sus críticas empezaron a verlo como normal. Ahora todos me llaman Mister, como a los entrenadores de verdad.

Durante las clases me cuesta mucho concentrarme. No porque tenga ningún problema de atención, sino porque mi cabeza vuela a pensar en nuevas tácticas y jugadas a balón parado que podrían desarrollar mis jugadores. En realidad, por mucho que grite en los recreos no me hacen mucho caso, pero todavía mantengo la esperanza de que un día de estos me permitan poner en práctica mi estrategia.

Me sé de memoria todas las alineaciones y plantillas de los equipos de primera y segunda división, pero soy incapaz de retener las provincias y la historia de España en mi cabeza. Mi profesor dice que soy un vago, mi madre que tengo un problema de concentración, pero que me esfuerzo mucho, mi padre prefiere no opinar, y yo... Yo creo que tengo una memoria selectiva. ¿Para qué voy a ocupar espacio en mi cabeza con datos sin validez para mi futuro como entrenador?

## CAPITULO 2

A nadie le gusta “La vuelta al cole”.

Para mí, sin embargo, es uno de los momentos más emocionantes del año. Lógicamente, y sabiendo mis resultados académicos, no se debe a mi interés por las asignaturas, sino a que es la época en la que empieza la “Temporada de cromos”.

A lo largo del curso los juegos de los niños van cambiando. Por una regla no escrita hay unos meses para las canicas, otros para las peonzas, las chapas y hasta para los yo-yos. El resto de temporadas no tienen especial interés para mí. Para que jugar con canicas cuando uno puede entretenerse con esferas más grandes. Menuda pérdida de tiempo...

Pero con el inicio del curso viene el comienzo de la liga y, por tanto, la colección de cromos.

No hay mejor sensación en el mundo que la de tener un sobre entre las manos preparado para ser abierto. Cada sobre lo acompaño de un ritual. Lo cojo con ambas manos. Lo olfateo lentamente y por último, antes de abrirlo, le doy un beso.

Es como ese olor a coche nuevo. Recuerdo cuando papá compró el nuestro y lo trajo a casa. Disfrutaba entrando y saliendo de él para percibir ese olor tan especial. Ahora ya no es lo mismo. Desde que mi hermana Gabriela vomitó tres veces en nuestro viaje a la sierra, el coche huele a perro muerto.

En cuanto están fuera de su envoltorio y sobre mis manos, mi memoria fotográfica empieza a funcionar. Me quedo con todo grabado en mi cabeza. Si me dices el nombre de algún futbolista te digo su puntuación de ataque y defensa, como es la foto y el color del cromo. La gente hace apuestas en el cole para preguntarme algo que no me sepa. Por ahora han perdido siempre.

En los días de cromos me interesan menos los partidos del recreo. La arena del campo de fútbol se convierte en el parque de La Bolsa.

Por si no lo sabes, La Bolsa es donde se compran y se venden las acciones de las empresas. Cuando más gustan las compañías, los precios de sus acciones suben, pero si están haciendo las cosas mal empiezan a perder valor.

Pues eso mismo pasa con los cromos. El hombre que se encarga de imprimirlos debe ser del Sevilla, porque en casi todos los sobres te toca su escudo. Y claro, lo tengo repetido por lo menos mil veces. A

nadie le interesa. Ve tú al recreo y a ver si alguien ofrece algo por él.

Sin embargo, si tienes al último fichaje Balón de Oro la gente se pega por cambiártelo y empieza a subir el precio.

- ¡Te doy tres cromos!
- ¡Yo te doy siete!
- ¡Yo cinco y el bocata de chorizo!

Menudos follones se montan. La oferta y la demanda.

¿Ves? Gracias a los cromos he aprendido economía.